

Interpretación: necesidad y riesgo

María Coira

Universidad Nacional de Mar del Plata

“Nunca como hoy el mundo -dice Nicolás Rosa- sufre de una pandemia hermenéutica”.¹ Otro pensador contemporáneo, Vattimo, observa una expansión tal de la hermenéutica que, no circunscripta ya al significado filosófico, ha llegado a ser una suerte de koiné, de idioma común, de la cultura occidental, ligando en una suerte de “aire de familia” a pensadores tan diversos como Heidegger, Habermas, Rorty, Derrida y Lévinas.² No vamos a ahondar en tal sentido, en este trabajo. Sí vamos a leer avatares y riesgos de la lectura y de la pulsión de interpretar, en dos novelas argentinas publicadas durante los noventa. Me refiero a La pesquisa de Juan José Saer y a Mares del sur de Noé Jitrik.³

Interpretación y desplazamiento

Comenzamos por el título de una de las dos novelas que tenemos sobre nuestra mesa de trabajo: La pesquisa, es decir,

según el diccionario, "información o indagación que se hace de una cosa para averiguar la realidad de ella o sus circunstancias".⁴ Informantes no faltan: por empezar de algún modo, tenemos al policía Morvan ("era tal vez demasiado buen policía") para quien su oficio "era menos un trabajo o un deber que una pasión". Meticuloso, investigador auténtico, la pulsión de verdad pone para él en funcionamiento la poco usual convergencia de imaginación, perseverancia, flexibilidad, razonamiento y obstinación. Contabilizamos, además, su equipo compuesto por un experto en informática, dos secretarías, seis agentes uniformados y tres policías de civil: dos inspectores y el comisario Lautret, su amigo por años. Todo un grupo de investigadores auxiliados, a su vez, por juristas, asistentes sociales, psiquiatras, políticos y los previsibles soplones. Lo que sí falta, empero, es información, en el sentido de conocer la realidad de las cosas; es decir, de los espantosos crímenes que durante los últimos nueve meses se vienen cometiendo contra mujeres viejas y solitarias, en París, de acuerdo con un ritual cruel y exacto en su repetición.

Tampoco faltan informantes, es decir personas capacitadas para brindar un informe, respecto del otro enigma que presenta la novela: la autoría de la novela histórica *En las tiendas griegas*, aparecida como un paquete de 815 folios a máquina que empiezan y terminan en sendos tres puntos suspensivos, sin indicio alguno que permita dejar de llamarla anónima. Si bien el llamado 'dactilograma' no ha podido ser estudiado con la precisión científica que algún laboratorio de Estados Unidos o Europa hubiera podido aportar, tenemos, sí, entendidos en literatura, aspirantes a críticos académicos y, por sobre todo, amigos del viejo escritor en cuya casa el dactilograma ha sido encontrado, quienes, sin embargo, no llegan a dilucidar si es posible que haya sido escrito por él o no.

Información o indagación, dice el diccionario, en un uso donde la conjunción llama a ser decodificada más como alternancia de equivalencias que como contraposición. Y si, por una parte, adherimos a no leer una disyunción entre los términos, por la otra, tampoco podemos reemplazarla por la frase “o lo que es lo mismo”. Porque si información puede ser entendida como lo que contienen los “informes” más o menos especializados, en jergas específicas, que tranquilizan o más bien narcotizan la inquietud que los enigmas provocan sin explicarlos realmente, la indagación implica el intentar averiguar, el planteo de preguntas que, en su discurrir, encuentran nuevos interrogantes antes de unívocas respuestas.

Si volvemos al título y jugamos a olvidar la terca presencia del artículo que nos obliga a la versión femenina del sustantivo, podemos atender otro sentido de “pesquisa” como masculino, anticuado se nos indica, según el cual pesquisa es la persona que atestigua una cosa, es decir, un testigo. Testigo que, a su vez, podemos, también llamar narrador, no, desde ya, un narrador sabelotodo sino sujeto a su experiencia, irreductible, de las cosas. Así, al final del día típicamente santafesino que llevó a tres de nuestros personajes a indagar la procedencia del manuscrito:

Los tres tienen residuos de las sensaciones que han experimentado a lo largo del día caliente y luminoso, y el paseo por el río, la visita a Rincón Norte, los vericuetos de islas desteñidas y de agua, les dejarán seguramente a los tres recuerdos propios, salidos de una experiencia común, pero intraducibles a los idiomas privados de los otros, y que los acompañarán hasta la muerte. (172)

La pesquisa pone, pues, en escena, el enigma mismo de

ese narrar incesante que no llega a capturar, de manera concluyente, el sentido escurridizo, siempre desplazado de lo real. Así, la aparente inmediatez de la historia de los crímenes parisinos, aparente en tanto que ese estar entre las cosas, sabemos, es una ilusión, esa aparente inmediatez, reitero, hacia la página 42 se nos revela como el relato que Pichón Garay narra a su amigo Tomatis y al joven y adinerado aspirante a literato de nombre Soldi. Relato que se nos abre de manera sinuosa, demorado por otras narraciones: las de las circunstancias e incógnitas del extenso dactilograma anónimo; la referida al viaje por el río, engañosamente falto de aventuras; las que hacen al denso pasado de desapariciones y exilios de nuestra historia (argentina) reciente. Pequeños relatos, descripciones, donde el ritmo de la escritura sugiere el de las aguas lentas y hasta monótonas del río en ese día caluroso; escritura que arrastra toda una densidad sin estridencias. La desaparición del Gato, la parsimonia calculada con que Tomatis prende un cigarro, la frescura de las cervezas discurren sin énfasis ni contrastes.

Relato, el de Pichón, que “ha salido en los diarios”, sin que ese hecho signifique garantía alguna de haber llegado a la resolución de los crímenes. Tampoco convencen las largas interpretaciones de los psiquiatras al explicar las causas que han convertido a Morvan en un automatizado asesino serial de viejitas. Y ninguna voz autorizada sale a bendecir la vuelta de tuerca que impone la interpretación de Tomatis a los hechos narrados, según la cual el parsimonioso Morvan es, en realidad, una víctima del envidioso e intrigante comisario Lautret que lo ha planificado todo para quedarse con su puesto y su mujer, jugando en su conspiración con las ventajosas cartas que, por amistad y debido a su propia índole, Morvan mismo le ha facilitado.

En tal sentido, el lenguaje no cesa de plegarse sobre su

ambigüedad, tanto mediante la insistencia terca de la frase “como se dice” y el uso de modalizadores condicionantes, entre otros recursos, como por las sutiles descripciones de lo siniestro que hacen emerger el horror en los imperceptibles matices de lo familiar o la ironía acerca del discurso explicativo de los psiquiatras quienes “una vez que han probado su capacidad de emplear el vocabulario de la profesión, al que ellos llaman científico, se autorizan siempre algunas licencias oratorias” (157). Quienes producen informes, además, están como condenados a interpretar desde matrices rígidas: “Por deformación profesional, los policías tienden tal vez a creer demasiado en la simulación, y los psiquiatras demasiado en la demencia. Una tercera explicación, como todo lo que no tiene nombre, les parece inaceptable”(154).

Más cerca del conjuro que del conocimiento, las argumentaciones, pruebas y causas brindadas muestran el temor motivado por la poca capacidad de tener trato con aquello de lo que todo se ignora. Así, los hechos son aprisionados en las jergas y esquemas legitimados de la misma manera en que, a pesar de su mansedumbre, Morvan es encerrado en el pabellón de locos furiosos, como uno de esos objetos a los que, por desconocer su mecanismo y uso, se considera peligrosos y se prefiere, por las dudas, mantener aislados.

Una cierta apuesta a la ficción literaria aparece, en cambio. En este punto, me permito una pequeña digresión al recordar las reflexiones del crítico inglés Frank Kermode respecto de la relación entre ficción (en especial literaria) y verdad. Dice este autor:

Nunca corremos el peligro de creer que la muerte

del rey Lear, que tanto explica sea verdad. A la afirmación de que murió en tales y cuales circunstancias -pronunciando estas palabras sobre el cuerpo de Cordelia, pidiendo un espejo, jugando con un botón- damos un asentimiento experimental. Si lo hacemos bien, nos beneficiamos porque nunca volveremos a adoptar del todo la posición ante la vida y la muerte que teníamos antes, desde luego, puede decirse que al cambiar nosotros mismos hemos cambiado el mundo de la mejor manera posible.⁵

Pocas veces he visto esto tan bien plasmado como en un momento textual de *La pesquisa*, cuando el personaje Soldi trae a colación la anónima novela hallada y cuenta la historia de dos soldados que hacen guardia en la tienda de Menelao. El soldado joven, que acaba de llegar de Esparta, es el que más sabe acerca de la guerra, mientras que el soldado viejo, que desde hace diez años está en el sitio, no ha visto nunca a un troyano y desconoce las hazañas del héroe cuyo descanso cuida. A su vez, Pichón Garay arriesga: "El Soldado Viejo posee la verdad de la experiencia y el Soldado Joven la verdad de la ficción. Nunca son idénticas pero, aunque sean de orden diferente, a veces pueden no ser contradictorias" (124-125).

Interpretación y riesgo

Con *Mares del Sur*, estamos de nuevo en la escena de un crimen. En la ciudad de Mar del Plata, ciudad con una luz especial, dispersiones de una fosforescencia marina, con indiferencia de tan irradiada condición, se acuna un oscuro hecho: un empresario es asesinado por encargo durante la última dictadura argentina. Dictadura aludida desde la página 44: "tal vez

por la época en que se vivía”, pero que aparece nombrada así: “dictadura”, recién en la 194. Las referencias a “esa época” van depositando, gradualmente, un cúmulo de datos implacables; se hacen más explícitas en la medida en que nos adentramos en el relato y, obedeciendo al mismo ritmo, emergen cada vez a menor distancia textual unas de otras, en los capítulos finales. Estas referencias aparecen sutilmente entramadas en el discurso, de manera que a veces nos sorprenden, como al pasar, otras nos asaltan con tono indignado, y no está ausente de la mayoría de ellas la pátina de cierta ironía, no exenta de dolor.

Que se hable tanto de ese crimen, que se escriba acerca de él en el periódico local, es comprendido en función de los innumerables atropellos y asesinatos llevados a cabo por las “fuerzas del orden” mismas que, no por ignorados, permanecen obstinadamente silenciados. La motivación económica que tiene el asesinato, clásica del género policial, pareciera no distinguirse de las que mueven a quienes gobiernan, en esos tiempos, el país, ya que no sólo un irracional fanatismo político sino también muy calculados y rendidores negocios guían sus actos. En tal sentido, una suerte de metáfora hecha personaje es Lomuto, el marino que la narración va mostrando como el cerebro del crimen, más allá de cómplices y subordinados que cobran, libres de impuestos, sus tareas. Lomuto, que anuda en sí los crímenes de la guerra sucia y los de los sucios negocios.

En cuanto al tema que nos ocupa en este trabajo, la novela nos brinda toda una serie de alusiones y reflexiones, acerca de los avatares de la lectura, tan insistentes como inquietantes. Veamos, al menos las más relevantes al respecto: 1. Acerca del leer entre líneas: “designación a todas luces errónea porque entre líneas lo que hay es puro vacío o, si se prefiere, blanco, y, en verdad lo que ocurre cuando se dice eso es que se lee lo

que está ahí pero el escritor hizo todo lo posible para que no se leyera" (83). 2. Sobre el camino que media entre "consignar" e "interpretar":

Recordemos [...] que al inspector Malerba no se le había escapado este curioso comportamiento del grupo de familia pero también que de su mirada no había sacado ninguna conclusión; ni siquiera como una insinuante línea indagatoria. No fue el único: tampoco al periodista Cobián, y sobre todo al fotógrafo del diario, como ya se señaló, se les escapó el detalle pero, del mismo modo que Malerba, se limitaron a consignarlo, no fueron mucho más allá, ocurre muchas veces que no se presta atención a los gestos de las personas, sobre todo cuando no se ponen en evidencia y contienen sus expresiones. (116)

3. Acerca de los límites de la conjetura y de los riesgos de confundir delirio con razonamiento, de caer en ese tipo de locura relacional completa propia de un folletín y "no de un relato digno y serio, como éste lo quiere ser" (123 y 233). 4. En torno, en fin, a las no desechables diferencias entre las palabras "lectura" e "interpretación" (164).

Pero, a mi criterio, el despliegue fascinante de todo un saber acerca de los riesgos que interpretar (y hacerlo bien) supone se da en la figura del modesto y rutinario policía a cargo de la investigación: Malerba, quien, lector asistemático de Conan Doyle y de Georges Simenon, se ve a sí mismo como alguien sin el menor brillo intelectual. Por cierto, muchos son los detalles que el "paleolítico" comisario pasa por alto en su inspección del lugar del crimen (no ve el cuadro torcido, no repara en aquel tornillo flojo); la lectura del tedioso expediente le es opaca: "lo abría, lo

manoseaba, leía sin leer" (67), "frente a ese ruinoso conjunto de papeles se sentía cada vez más desanimado" (67), pero, al mismo tiempo, es incapaz de dejar de lado ni de olvidar esos desabridos papeles. Ante el crimen, el inspector Malerba sufre, pues, una etapa de impotencia por saberse estancado, un tiempo de sopor, hasta que su máquina de lectura, de manera un tanto azarosa, se pone en movimiento. Es mediante este personaje que la novela problematiza de manera privilegiada las paradójicas facetas de vida y muerte, necesidad y riesgo, implicadas en el acto hermenéutico. El inspector Malerba se nos presenta, en una primera instancia, como alguien que adolece de incapacidad interpretativa: no ve lo obvio (obvio para el narrador que nos induce a seguirlo en sus lecturas), pero, desde el momento en que puede producir una lectura del poco estético y aburrido expediente, cambia, se llena de energía y, a su vez, deviene en narrador. Un narrador para quien es más fuerte contar su relato que tener instintos de supervivencia; sucede que, cuando ha interpretado un texto (el expediente) está dejando de ver otro: el texto que dice que su eficiencia y saber lo transforman en peligroso para el poder establecido. En fin, tanto su capacidad interpretativa como la falta de ella, más bien la interacción de las dos, lo llevan de manera fatal a la muerte, aunque, dilema insoluble, antes de salir de su afasia interpretativa, Malerba estaba ya, de alguna manera como muerto, lo que denunciaban su cansancio, su sueño y su depresión cuyo carácter de insoportable tiene incidencia en el logro de lectura que le hace salir de su apatía y, que, a su vez, configura su última trampa.

Enigmas cuya solución se desplaza con cada lectura, crímenes cuyo esclarecimiento lleva al investigador a la muerte, estas dos novelas tienen mucho que decir, entre otras cosas, de narraciones y lecturas.

Notas

- ¹. Transcribo la cita de manera más completa: "Nunca como hoy el mundo sufre de una pandemia hermenéutica: no hacemos otra cosa que leer, interpretar, pequeños y desentendidos paranoicos cotidianos, todos nuestros sentidos están puestos en el sentido y al servicio del mundo hecho signo, y si el libro parece ser reemplazado por otros registros, este hecho no hace más que mostrar las otras formas del archivo y de la lectura: nunca como hoy hemos engendrado pequeños ingenios de lectura; en cada infante hay una registradora sígnica y una pequeña máquina paranoica de interpretar la interpretación". Cfr. Rosa: 35.
- ². Véase, entre otros, su libro *Más allá de la interpretación*, en especial el apartado dedicado al arte, donde Vattimo, a partir de una reflexión acerca de una escena habitual para los habitantes del mundo industrial (avanzado o, más bien, tardío) que, en tanto "turistas culturales" pueden sentirse incómodos ora, ante las esculturas de una iglesia, ora, ante los cuadros religiosos de un museo, comienza a desandar el camino de la secularización del arte que, para él, consiste de manera manifiesta en el hecho de que, debido a la ausencia de un horizonte único, conduce a una experiencia necesariamente plural, incluso en sus aspectos de mitología y religión racional.
- ³. Las citas textuales corresponden a las ediciones consignadas en la bibliografía.
Sobre Mares del sur escribí otro artículo, más extenso y focalizado en otros aspectos de la novela. Pese a que allí hago referencia al problema de la interpretación, al no ser el tema central de mi lectura ni estar esta novela en contrapunto con la de Saer, como aquí sucede, no temo repetirme.
- ⁴. *Diccionario de la lengua española*. Real Academia Española. Madrid: Espasa-Calpe, 1997.
- ⁵. Cfr. Kermode: 47.

Bibliografía

Coira, María (1999). "Ciudades y crímenes argentinos más recientes, en claves novelescas de Jitrik y Piglia". *Revista del CeLeHis*, n°11, 79-101.

Jitrik, Noé (1997). *Mares del sur*. Buenos Aires: Tusquets

Kermode, Frank (1966/67). *El sentido de un final*. Barcelona: Gedisa, 1983.

Rosa, Nicolás (1992). *Artefacto*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Saer, Juan José (1994). *La pesquisa*. Buenos Aires: Seix Barral.

Vattimo, Gianni (1994). *Más allá de la interpretación*. Barcelona: Paidós.